



DIAGNOSTICACIONES

Fatal ambigüedad

Los que nos hemos dedicado—y yo, acaso, más que nadie—al estudio y a la meditación de lo que se llama el casticismo, y de lo castizo no hemos parado mientes, lo que sería menester en la acepción vulgar y corriente que ha tomado el término castizo. Y es de grandísimo interés porque nos revela que es en opinión del pueblo incontaminado de extranjerismo—alguien diría que de decadentismo—; en opinión del pueblo no obcecado por el estudio, que es lo castizo. Conviene examinar lo que entiende por castizo el pueblo no dañado de pesimismo, el pueblo alegre—pero alegre con vinos nacionales—, el pueblo sano.

Quando se le oye al pueblo decir de uno: «¡Es un castizo!», casi siempre se trata de un grandísimo sinvergüenza. Desde luego, de un alegre, o sea de un borracho. Y también de un Tenorio de lo barato. Esa suele ser el castizo del casticismo popular.

Porque hay otra cosa, y es la casticidad. La casticidad no es el casticismo. Los espíritus verdaderamente castizos, los que recogen y representan lo más íntimo de la casta, lo que ella tiene de universal y eterno, éstos suelen aparecer como renegados a los ojos de los castizos de la ralea. Para el pueblo alegre y confiado, Don Juan Tenorio es castizo; Don Quijote no lo es. Don Juan Tenorio es popular; Don Quijote no lo es. Y esto no se debe sólo al teatro. Don Juan Tenorio era un grandísimo sinvergüenza y un alegre. Y un mentecato, un grandísimo mentecato. Lo que se habría puesto de manifiesto si en vez de Sancho, del heroico Sancho, del noble Sancho, del castizo—con verdadera y honda casticidad—Sancho, se le hubiera encomendado a Don Juan Tenorio el gobierno de la insula Barataria. ¡Habría que haber visto las divertidas mentecateces que se le habrían ocurrido a Don Juan Tenorio, al castizo Don Juan! Pero con el casticismo de sentido vulgar y corriente.

Es, indudablemente, una grave dificultad esta del doble y aun antagónico sentido que ha tomado entre nosotros el término: castizo. Se presta a muy fatales ambigüedades.

Lo mismo ocurre con otro término, y es el de caballero. Caballero quiere decir hoy en España dos cosas contradictorias y opuestas. El sentido en que se le llama a Don Quijote caballero—el caballero por excelencia— es opuesto al que se le da a ese término aplicado a Don Juan Tenorio. Porque Don Juan se creía un caballero, sobre todo para con las damas; Don Juan se creía caballeresco.

Así como cuando se oye en ciertos ámbitos decir de uno que es un castizo, hay que traducir que se trata de un grandísimo sinvergüenza, acaso de una piltrafa del hampa, así cuando en otros ámbitos, o en esos mismos, se oye decir de un sujeto: «¡Es un caballero!», hay que suponer que lo es, pero de industria, y a la vez, y lo que es peor, un zopenco de marca mayor, un zoquete sin más inteligencia que su caballo. Suponiendo que le tenga y que le monte. Porque esos caballeros no suele ser caballos, precisamente, lo que montan. Y, en cambio, en el sentido quijotesco, en el noble, en el puro, en el íntimamente castizo—con casticidad universal—, hay caballeros que jamás han montado a caballo o que montan en burra. En burra, como montó el Divino Maestro al entrar, antes de su pasión, en Jerusalén.

Esa ambigüedad de los términos castizo y caballeresco, esa, más que ambigüedad, contradicción íntima, antagonía, es una de las cosas más fatales; es una de las más terribles fatalidades de la fatalidad que nos arrastra. Otra ambigüedad es la de pesimismo.

«¡Hay que aislar al pesimista!», se dice; pero los castizos caballeros que lo dicen no saben definir el pesimismo, no saben lo que es ser pesimista. Hablan por hablar, por boca de ganso, y sin saber lo que dicen.

MIGUEL DE UNAMUNO

Isla de Fuerteventura, y Abril de 1924.

